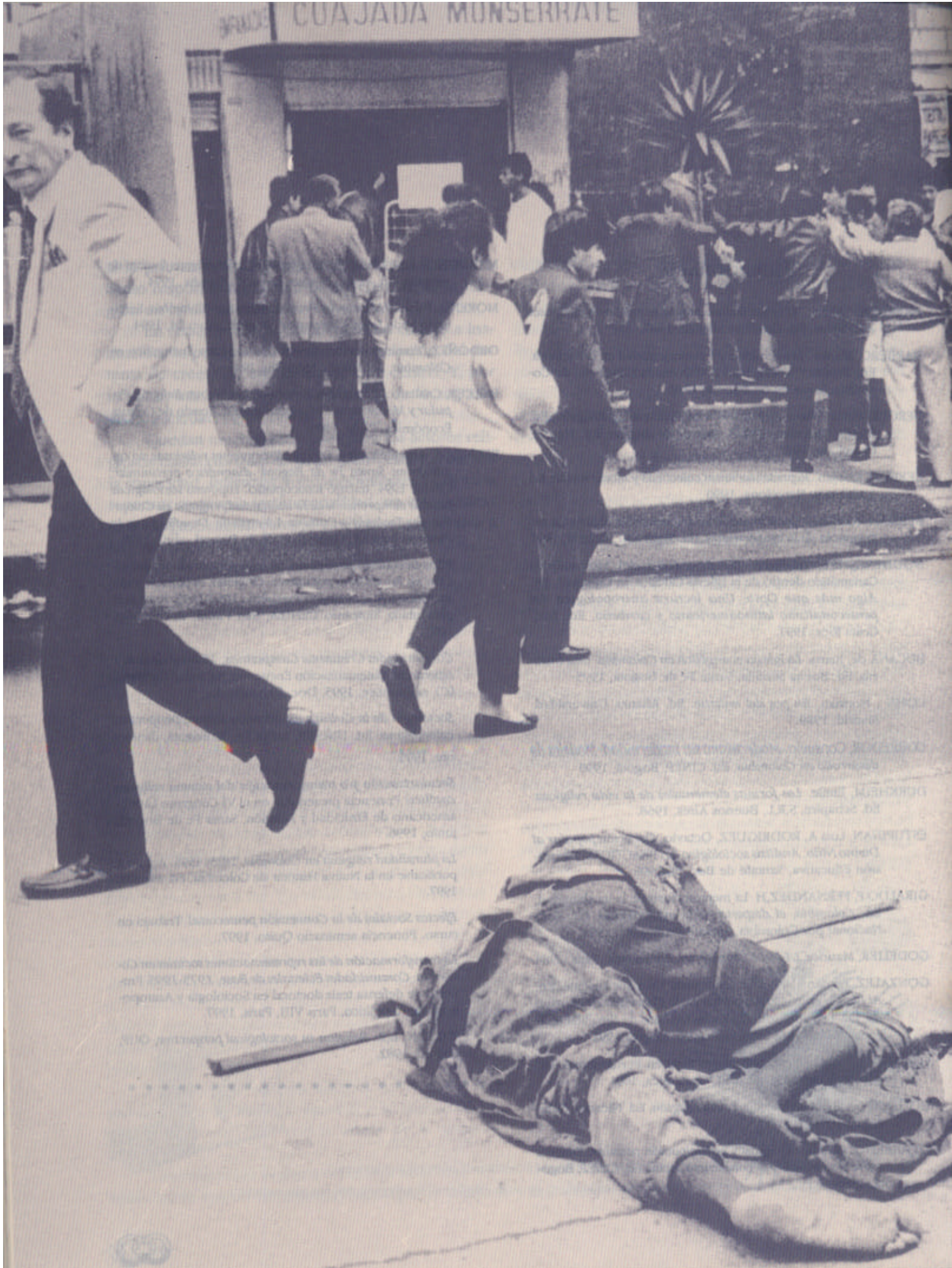






LA CULTURA DEL MIEDO: LA VIOLENCIA EN LA CIUDAD

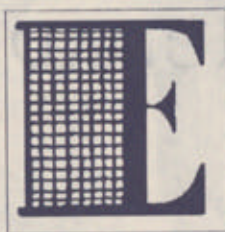
ANDRÉS SALCEDO*

*"Donde vuelvo la vista, mire a donde
mire, de mi vida las ruinas negras las
veo aquí, en donde tantos años pasé,
arruiné y perdí. No hallarás nuevas
tierras, no hallarás otros mares. Tras de
ti irá la ciudad. Y por las mismas calles
vagarás. Y en los mismos barrios
envejecerás y canas te saldrán en estas
mismas casas. Siempre arribarás a esta
ciudad. ¿A otra parte ir? - no lo esperes-,
ya no hay barco ni ruta para ti. Al
arruinar tu vida aquí, en este rincón
mínimo para toda la tierra tu ya la has
destruido"*

Cavafis, CP. Poemas, La ciudad

* Antropólogo, investigador del CINEP.

INTRODUCCIÓN



El estudio que a continuación presento no es un estudio histórico del Centro de la ciudad de Santafé de Bogotá ni un estudio criminalístico sobre la delincuencia. Tampoco es un estudio que desde la Ciencia

Política analice y discuta la violencia en Colombia. Se trata de una reflexión que desde la Antropología busca encontrar los nexos entre lo que se percibe y lo que se dice en el ámbito riesgoso de las calles del Centro de Bogotá y el miedo que aflora entre los extraños que recorren dicho espacio público.

Ya sea porque los medios se hayan dedicado a mostrar los atracos y asaltos como espectáculos noticiosos, ya sea porque las estadísticas de la policía indican que la criminalidad es un fenómeno de todos los días, lo cierto es que la seguridad personal entró a formar parte de las grandes preocupaciones y de los grandes temores de la vida en la ciudad.

Los cambios en los comportamientos en público, la puesta en marcha de los mecanismos de alerta, el nerviosismo y la tensión que se generan son todos síntomas de que en Bogotá se ha ido agotando la posibilidad de sentirse a gusto, de desplazarse desprevenidamente y de estar medianamente tranquilo.

Ante las perturbaciones ambientales peligrosas como son el atraco, el robo y el asalto, las personas usan formas culturales y materiales existentes para enfrentarlas o desarrollan estrategias de protección o de reclusión en los ámbitos seguros, que terminen deteriorando los lazos sociales. Contrariamente a los procesos culturales de contacto, difusión y préstamo cultural gracias a los cuales una cultura enriquece su repertorio cultural por medio de su relación con "otros diferentes" se asiste a un proceso de disminución y delimitación de dichos contactos.

Esta erosión de la sociabilidad en público se agrava cuando es la misma ciudad la que impone un modo de vida de circulación y desplazamientos restringidos a ciertos lugares, situaciones y horarios

muy bien definidos y delimitados. La experiencia de la vida en ciudad parece ser fragmentaria en el sentido de que se busca, por un lado, adaptarse a las condiciones de la vida pública urbana (el mundo de la calle) y por el otro, buscar refugio y desahogo en la vida privada de la casa.

En las ciudades grandes y en especial en Bogotá los habitantes están sometidos a una constante emisión de señales cambiantes y de comportamientos inesperados que no posibilitan la capacidad para distinguir con cierto grado de previsión el tipo de convenios o acuerdos tácitos que diferencian ciertos contextos urbanos de otros.

El ámbito público de la calle es un caos semántico en donde cada cual hace sus propios "arreglos personales"¹ para llenar el vacío dejado por una autoridad ambivalente y por unos canales institucionales de protección y resolución de conflictos corruptos. El resultado es que se va instaurando una mentalidad escéptica incrédula y desconfiada frente a las normas legales establecidas.

El desenlace de las diversas agresiones y actos violentos que tienen lugar en la calle coincide muchas veces con esta forma de arreglar las cosas por su propia cuenta hasta el punto de llegar a apoyar ciertas estrategias de ataque y defensa que sí le dan solución a los inconvenientes y problemas y que, además, les sirven a los actores para "no dejarse" y "hacerse respetar".

Una de las reacciones más comunes para manejar estas situaciones de vulnerabilidad en el ámbito público de la calle es el "miedo" que no se refiere únicamente a una reacción de inhibición sino también a una destreza cultural en la que se aprende a monitorear el entorno para identificar y manejar las representaciones culturales del peligro.

Para un primer acercamiento del estudio se escogió una muestra compuesta por dos grupos de población con experiencias perceptivas diferentes. Por un lado los tenderos de dulces, los empleados de almacenes y las personas que permanecen durante un período de tiempo relativamente largo en la calle, y por otro los peatones y las personas que circulan y están de paso por la zona.



CIUDAD Y VIDA URBANA

La ciudad

Para contextualizar los acontecimientos y comportamientos de un sector público como la calle se tratará de conceptualizar la ciudad a pesar de que se escape de todos los intentos de definición. Es interesante partir de una descripción morfológica:

"es una agrupación de viviendas y edificios que tienen carácter permanente y que están situados a cierta distancia de otros asentamientos y dispuestos en forma compacta, típicamente en manzanas separadas por calles y callejones" (Enciclopedia de las Ciencias Sociales, 1979:400).

La presencia material de la ciudad en forma de núcleo compacto, de "centro en el espacio", contrasta con la dispersión de la población en las áreas rurales. La ciudad puede haber tenido su origen en la necesidad de defensa, en el mercado dejado por los excedentes del campo, en el impulso económico dejado por el comercio y la industria, en la consecuente formación de asociaciones ciudadanas y políticas particulares o en la progresiva centralización de las actividades económicas y políticas.

Es un centro de actividades tanto de producción como de creación, es un incesante flujo de capital, es el lugar que estructura la vida política, es sitio de negocios e intercambios económicos. También es el epicentro de una explosiva variedad de servicios y diversiones, es foco de información, es centro cultural y finalmente es lugar donde se reside.

Por eso más que una presencia material es un hecho vivido y percibido. El medio urbano no per-

mite una imagen de conjunto ni una visión en perspectiva. Los miles de habitantes circulan, caminan, trabajan, van y vienen, pero guardando un peculiar y segmentado sentido de donde están. Es una experiencia espacial vivida en trayectorias de carácter rutinario, en desplazamientos que se definen por preferencias, temores, incidentes inesperados, pero también, en recorridos que no tienen fin. También está la ciudad vivida desde el aislamiento, desde adentro, desde un cuarto, desde una ventana o un jardín.

La ciudad encierra, en un inmenso espacio, a grupos "primarios" de personas cercanas con otros grupos a quienes no conocen bastante bien o a quienes no conocen en absoluto. Estas distancias sociales permiten que los grupos primarios de familias y amigos puedan convivir con el resto de grupos e individuos desconocidos sin la necesidad de vínculos ni compromisos.

El individuo es el centro de una "esfera personal" que es el entorno íntimo que mejor conoce y que puede incluir o no lazos familiares o de amistad. Desde este centro el individuo va armando conexiones y redes que lo llevan hacia puntos que encierran un interés económico, social o cultural. A través de los desplazamientos habituales para trabajar, hacer compras, visitar amigos, "las personas van conociendo el espacio y recogiendo información que incluye no sólo aspectos del medio edificado sino también significados socioeconómicos y culturales del medio que recorren" (Estébanez, 1988:370).

Los habitantes le dan sentido a los lugares en función del conocimiento que tienen de ellos. Cuando los lugares se conocen bien y son muy frecuentados, varios de sus aspectos comienzan a ser valorados ya sea a través de una opinión respecto al sitio ya sea a través de la dimensión afectiva, es decir, de "la especificación de una preferencia" (Estébanez, 1988:382). Por eso los habitantes de las ciudades tratan de "constituir un lugar" como diría

¹ El concepto de "arreglos personales" se toma de la intervención de Néstor García Canclini en su charla dada en Bogotá el 31 de agosto de 1996.

Marc Augé (1993), es decir de cargarlo de sentido, conocerlo y ocuparlo de manera singular y exclusiva. Este es el caso de los "lugares identificatorios" (Augé, 1993) que le brindan a las personas la posibilidad de tener una familiaridad mínima con el territorio, de notar los cambios ocurridos en el transcurso del tiempo y de reconocer a las personas del sector como 'vecinos'.

Por el contrario, existen áreas de la ciudad que se visitan ocasionalmente y otras que jamás se frecuentan pero de las cuales se construye un mapa mental a partir de una información indirecta y por lo tanto apoyada en estereotipos o prejuicios (Estébanez, 1988:371). Es entonces cuando la ciudad se vuelve función de la imaginabilidad (Lynch) y cuando las diferentes zonas de la ciudad empiezan a tener reputaciones y etiquetas. Michel Agier (1995) habla incluso de áreas morales" que son representaciones que tienen algunos grupos sobre los habitantes de otro barrio o sector.

Se podría por consiguiente hablar de que el modo de vida en la ciudad consiste primordialmente en pasar por varios ámbitos o pequeños mundos con moralidades y normas diferentes. Se pasa del 'interior' de la casa que es un ambiente de confianza conocido (y no por ello sin conflictos o sin tensiones) donde se tiene una familiaridad con el entorno y una red de vecinos o 'conocidos' y cuyas reglas son informales y personales, al 'afuera' de la calle o ámbito público y riesgoso donde las escenas que se presencian son protagonizadas, en su mayoría, por personas desconocidas y donde no se comprenden ni el trasfondo ni los antecedentes de los acontecimientos que allí ocurren. También existe el ámbito del trabajo, regido por un orden funcional que exige, en algunos casos, formalidad, maximización del tiempo y cumplimiento y en otros casos, rebusque y desconfianza.

Espacio y Orden Público

Dentro de los espacios de la ciudad que se recorren a diario, se encuentra el espacio

público que es un espacio abierto a la población en su conjunto, "un espacio que facilita el tránsito de bienes y personas" (Planeación Distrital, Alcaldía Mayor, 1993) y que está dotado para la satisfacción de necesidades urbanas colectivas" (Consejo Territorial de Planeación, 1996).

Puede así mismo, ser un espacio de apropiaciones cotidianas intensas, de ocupaciones temporales, el espacio del conflicto, de las huelgas, el espacio donde se está expuesto a la diversidad, el espacio que conecta trayectos, el espacio del tiempo libre.

Es un espectáculo que siempre está cambiando. Unas veces es un espacio conquistado de forma obstinada por la ilegalidad y otras veces es un espacio que se evita por ser sucio, por ser el ámbito de la delincuencia, la marginalidad y la mendicidad, por ser sinónimo de inmoralidad y maldad (Korosec-Serfaty, 1991).

El espacio público puede albergar a muchos usuarios al mismo tiempo. Para algunos puede ser



el marco de la comunicación por ser el sitio de encuentros y de contactos mientras que para otros puede ser el espacio que posibilita su desplazamiento. Para muchos puede ser el sitio de trabajo y de venta mientras que para algunos pocos paseantes puede ser el objeto de la contemplación (Barbichon, 1991).

Existe, a pesar de que no es evidente un orden y un tipo de comunicación en la vida del espacio público. Es el espacio por excelencia de contactos y encuentros breves entre extraños que si bien parecen insignificantes o sin ninguna trascendencia social, están reglamentados por convenciones o fuentes de control social tácitos e implícitos (Pellegrino, Lambert y Jacot, 1991:15).

Las convenciones propias del orden de lo público son muy diferentes de las normas culturales que rigen la familia y el parentesco de una comunidad pequeña. De hecho "*fijan ante todo la normalidad de comportamientos* y no tanto la adhesión a valores fundamentales, estableciendo *el respeto de apariencias formales*" (Pellegrino, et.al, 1991:16).

Muchas veces los habitantes de la ciudad se esfuerzan por representar un papel que concuerde con la situación que están viviendo. Por ejemplo, dice Goffman "cuando un individuo está presente con otros, muchas veces se siente obligado a ocuparse de algún tipo de actividad reconocible, tratando de interpretar un papel que ofrezca pruebas de lo que hace". Siempre se está temiendo que se le considere raro o sospechoso. Por lo tanto tiene que recurrir a "rituales correctores" y a "rituales de presentación" (Simmel) para mantener esa imagen viable que proyecta ante los otros.

Cuando se comparte momentáneamente espacios muy concurridos se entra en una negociación con el entorno. El sujeto entra en escena interaccional no sólo como sujeto que percibe sino además, como sujeto que se da cuenta que está siendo percibido y por lo tanto, pasa a emplear pautas de con-

ducta, entendimientos informales y ajustes con las demás personas. En efecto, los desconocidos no son indiferentes entre sí sino que se comunican, a través de infinidad de señales, gestos y miradas. Incluso cuando los extraños tratan de mantener una "cuidadosa desatención" (Goffman, 1979) hacia los otros, en realidad están pendientes de tenerlos por escasos segundos dentro de su campo de visión.

"En un lugar público, el individuo parece ser indiferente a los desconocidos que están presentes; pero de hecho está lo bastante orientado a ellos de modo que, entre otras cosas, si advierte la necesidad de realizar rituales correctores, puede transformar a los desconocidos que lo rodean en un público que reciba su espectáculo" (Goffman, 1979:163).

Se escruta el rostro del otro, manteniendo brevemente la mirada. Paso a paso, se van lanzando datos a los otros sobre dirección, velocidad, intenciones y también datos sobre sexo, edad, ropa, rasgos raciales. Pero si bien se lanzan datos parciales no se llegan a construir verdaderas relaciones. Lo que se genera son "interacciones" (Hannerz, 1981) y transacciones que consisten en contactos fugaces en los cuales se depende de la imagen externa del individuo² al no poder tener acceso, en una mirada, a su historial de vida ni a sus datos personales.

De manera paradójica el espacio público también es el escenario de apropiaciones privadas como pueden ser los territorios o los espacios personales. Se dan infinidad de situaciones en las que las personas tratan de conseguir y luego de conservar puestos, ya sea, en los buses, ya sea, en los teatros o cines. Se dejan objetos personales como bolsos en las sillas donde se busca evitar que los otros se sienten o no se mira a la cara a quienes buscan asiento "con lo que se les impide obtener el permiso rápido que están buscando" (Goffman, 1979:52).

2 Véase el concepto de "imagen categórica" comentado en el artículo "The Management of Dange", *Ethnos* 1-2, 1981 por Ulf Hannerz.

La esfera personal o de cada cual es un contorno o "aura" alrededor de la persona que no se puede irrumpir fácilmente ni con la mirada ni mucho menos por medio de contactos físicos. Las "infracciones territoriales" ocurren cuando el individuo penetra un territorio sin el consentimiento necesario para tener acceso a él (Goffman, 1979:66). Muchas veces, la gente trata en lo posible de distanciarse de los demás pero al mismo tiempo trata de no comportarse públicamente de modo que pueda resultar ofensivo.

La experiencia de estar en público no es solamente un encuentro de caras anónimas sino que también es el ámbito en el que se comprueba el nivel de tolerancia hacia lo que es heterogéneo y diferente y el nivel de sociabilidad entre personas que no se conocen: "La singularidad del espacio público es la de condensar todas las tensiones que existen en la vida social a través de un proceso de igualación obligado" (Jeudy, 1991:88)³.



VIOLENCIA Y TRANSGREGACIÓN EN EL ESPACIO PÚBLICO

El discurso erudito sobre la "violencia"

Para la comprensión de la violencia como un fenómeno donde intervienen juntos factores biológicos universales y factores sociales dados en sistemas culturales específicos como puede ser el centro de Bogotá no es suficiente el análisis de causas estructurales. No se puede negar que las estructuras sociales de una sociedad como la nuestra producen situaciones conflictivas pero son explicaciones que van perdiendo contundencia a medida que se alejan de la forma cómo la mayoría de las personas implicadas en situaciones de violencia abordan el fenómeno.

Como dice Roberto DaMatta cuando se habla en términos estructurales se está perdiendo de vista

la manera cómo una sociedad a través de su sistema de valores "desprecia o aprecia, teme o enfrenta, discute o calla" (1993:177) fenómenos sociales tales como el crimen y la delincuencia. Es el sistema de valores de una sociedad el que explica las condiciones de interacción y transacción de personas que deciden qué tipo de dinámica pasan a emplear en una situación específica.

El enfoque de la psicología social, por su parte, se encuentra en un debate entre quienes relacionan la agresividad con pulsiones psicológicas innatas y quienes argumentan que es una respuesta funcional para mantener y equilibrar los sistemas sociales.

Las "teorías endógenas" pretenden mostrar que las personas están dotadas de mecanismos neurofisiológicos que las habilitan para comportarse agresivamente y que dichos mecanismos dependen de una estimulación apropiada y está sujeta a un control cognitivo (Bandura, 1979:381).

Las teorías exógenas, por su parte, dicen que la agresividad tiene que ser entendida a la luz de las prácticas culturales y de los valores asociados a la agresividad que pueden ser exaltados o reprimidos y por lo mismo reforzar o inhibir comportamientos asociados a la agresión (Heelas, 1983).

En algunos casos, por ejemplo, cuando las actividades agresivas en una cultura son modelos de rivalidad y ofrecen la oportunidad de expresar hostilidad tienen la capacidad de enseñar y estimular comportamientos violentos. Este caso podría corresponder al caso colombiano donde en ciertos contextos los valores exaltados tales como "la viveza" "la valentía" y "el respeto" demandan una respuesta agresiva que es celebrada socialmente.

El discurso de la calle sobre la violencia

Por eso es importante referirse a lo que Roberto DaMatta (1993) ha llamado el "discurso de la calle" basado en una experiencia diaria en la que las personas le dan a los eventos violentos un valor moral, afectivo y personal.

Por un lado están "las muertes de otros" de las cuales se oye y se rumora y que pueden ser resulta-

dos de tiros, puñaladas pero que van creando la sensación de que en cualquier momento uno puede resultar muerto. "Por allá cayó un muerto" le dice Jaime a su hija cada vez que desde su pequeño cuarto oyen un tiro; "Ayer mataron como a cinco ñeros por allá donde yo vivo" me dice Gepetto; "uno no oye sino que mataron a tanta gente" dice finalmente el señor que atiende en la licorera destruida por la bomba que estalló frente al teatro Olympia a principios del año 93. Este tipo de expresiones tales como "anoche se bajaron a otros tantos" son tan frecuentes que, además de ser acontecimientos que impresionan, se convierten a su vez en el tema obligado de conversación del otro día de quienes trabajan en el sector. Tampoco es raro ser testigo y presenciar accidentalmente asesinatos y muertes. María, por ejemplo, me describe cómo cada fin de semana hay siempre muertos en el tiroteo habitual del rumbeadero de al lado de su caseta: "qué más se puede hacer, dejarlos que se maten entre ellos".

Una manera de interpretar este tipo de violencia donde la muerte rodea en todo momento la vida de la calle, es la "trivialización" de los acontecimientos (Jimeno, et.al, 1994:119) pero no porque la gente se haya vuelto insensible ante las muertes sino porque la violencia se ve como "inevitable" ante la total desprotección del individuo frente a ella. La otra manera de referirse a este tipo de violencia responde a la "ley del silencio"⁴ ya que la muerte es un asunto "serio", ligado a ciertas bandas de criminales, donde es la vida la que se compromete por

lo tanto es mejor "hacer de cuenta que no han visto nada" y que "no conocen a nadie".

Por el otro lado, las riñas y peleas con cuchillos, pedazos de vidrio, 'mataganados' son peleas, o "broncas" que se arman muy frecuentemente pero que se miran desde lejos a la manera de un espectáculo. Son asuntos y "enredos" de gente que anda en "malos pasos" que tienen que ser arreglados entre los directamente involucrados. Por eso lo mejor es

"no meterse en problemas" ya que si tratan de intervenir pueden llegar a convertirse en 'sapos'. Se llega a comentar que si a alguna persona "le pasa algo" es porque "algo debe", explicando con esto que el que "se busca problemas con alguien" en este tipo de peleas, quebranta la ley de oro de la calle que consiste en no involucrarse con nadie. Es más se habla muy frecuentemente de agresiones físicas y muertes por razones de "ajustes de cuentas" que son precisamente los

actos cometidos para saldar una cuenta pendiente por haber sido testigo de algunos de estos actos. A diferencia de las muertes por la espalda, son confrontaciones físicas directas que se desencadenan como acciones reparadoras de algún problema asociado con las redes de expendio de droga y de delincuentes que "trabajan" en el sector. Y cuando las peleas y las riñas no están asociadas al hampa y al expendio de droga, están suscitadas por situaciones de descontrol propios de la 'rumba' y el 'alcohol'.

La tercera modalidad de actos violentos que suceden en el espacio público de la calle 22 corresponde a los denominados atracos que son tan fre-



3 Una reflexión interesante sobre el deseo de imponer las propias reglas y transgredir las normas en público en: Jeude, Pierre "Norme et Transgression dans l' Espace Public", *Espaces et Sociétés* n°62-63, 1991.

4 A propósito de la "ley del silencio" Michael Taussig escribió lo siguiente: "In the murk, an eye watching, an eye knowing. Here you can't trust anyone. There's always one who knows" (Taussig, Michael, *The Nervous System*. Routledge, New York, 1992).

cuentes que ya forman parte de la vida diaria de quienes se mueven por las calle utilizando códigos, hábitos y "límites de seguridad"⁵ impuestos por el temor a la inseguridad. Desde el punto de vista de los vendedores de las casetas, los atracos son realizados por sujetos comparados con los chulos y los animales, probablemente por la rapidez y destreza que despliegan en su acción: "Son como los chulos, andan en bandas y agarran a su presa por el cuello, por la barriga y luego lo 'limpian'; es un acto que exige un gran dominio del entorno ya que momentos antes de comenzar la carrera, captan las señales que les dan luz verde para proseguir con su acción y detectan las víctimas más vulnerables tales como los borrachos, los ancianos, las personas distraídas: "atracan a las personas que andan como 'mensas' cogiéndolas del pescuezo mientras otros tratan de 'deschalecarlo'; "No atracan de frente sino a los que están mirando para otro lado" "el ladrón lo que necesita es que uno se descuide". El factor sorpresa es otra de las características propias del atraco y que consiste en seleccionar a las víctimas que no han sido alertadas del peligro y que continúan con "su "injustificado sentido de inmunidad subjetiva"" del que habla Mary Douglas (1985:30).

Se entra en el caso del atraco en una especie de "competencia callejera" (Hannerz, 1981) que consiste en aprender a detectar a tiempo el peligro. Es un entrenamiento donde culturalmente se aprende a distinguir entre "algo pasa"/"no pasa nada", entre lo que es imprevisto y "lo que es conocido" entre lo que es "inquietante" y lo que es "normal".

Los sujetos que atracan están bien identificados por las personas que trabajan en la zona. La mayoría de acusaciones recaen sobre los gamines y los denominados 'desechables' quienes represen-

tan el menor peligro en terminos de seguridad (el robo que practican se reduce muchas veces a coger de una sola manotada lo que pueden agarrar de los mostradores de las casetas) pero la mayor molestia debido a que espantan la clientela de los pequeños comerciantes del sector. También está el sujeto denominado 'lanza' que es diferente al gamín, ya que no es el sujeto mal vestido y sucio sino el que utiliza disfraces o 'pintas' que buscan despistar a las víctimas dando la imagen tranquilizadora de 'bien vestido'. Dentro de la categoría de 'lanzas' hay

diferentes especialistas como los 'toteadores' que se dedican a arrancar cadenas o los 'carteristas' que se dedican a robar bolsos y carteras de señoras. Por otro lado, se encuentran los 'jaladores' que desvalijan los automóviles estacionados en la zona.

"Atracar es una cosa muy fácil, no es sino que nos pongamos de acuerdo usted y yo y agarramos a esa vieja y le quitamos todo", dice un tendero. La facilidad con la que ocurren los atracos está muy ligada a la forma como actúa

la policía. Son muchísimos los relatos acerca de los impuestos, las cuotas y demás arreglos entre policías y atracadores. El acuerdo es la participación en parte del botín a condición de que la policía "los deje trabajar". Todos los entrevistados expresaron que "era cómo si no existiera policía", "hacen la pantomima de que patrullan y requisan y luego se van".

El problema de fondo de este tipo de violencia no es solamente la actuación ambivalente y circunstancial de la policía sino, por encima de todo, la total ruptura de las "intrincadas y casi inconcientes redes de control" y solidaridad voluntarias entre la gente que mantienen "la paz pública" (Jacobs, 1961:41).

Las personas en la calle piensan que están rodeados principalmente de "gente mala" y por lo

*"Atracar es una
cosa muy fácil, no
es sino que nos
pongamos de
acuerdo usted y yo
y agarramos a esa
vieja y le quitamos
todo"*

tanto interactúan con los demás habitantes desconocidos con una profunda *desconfianza*: "Hay que desconfiar hasta de uno mismo", "no nos hablamos ni para pedir un favor", "A uno le toca quedarse callado porque para qué va a exponer uno el 'pellejo' si sabe que lo van a acuchillar al rato; ya fueran de la familia de uno, pero ni eso". Las calles del Centro están vistas como el escenario donde "anda suelta mucha gente mala", donde "hay mucho malandrín" y donde a los grupos marginales se les denomina "la plaga" y a los grupos que tienen conductas reprobadas moralmente se les dice que son "unos viciosos" acusándolos de los males que aquejan al país.



EL MIEDO UNA RESPUESTA ANTE LOS IMPREVISIBLES

La inseguridad y la frecuencia de los crímenes en el centro de Bogotá, hacen que muchos ciudadanos que trabajan y permanecen en la calle compartan ciertos códigos de prevención, vigilancia y miedo, creando así una cultura con un marco cognitivo cargado de límites y restricciones. El individuo en un ambiente de inseguridad extrema se siente expuesto como "un piloto revestido de un caparazón (de piel y ropa) blando que lo deja indefenso" (Goffman, 1979).

"El cuerpo del hombre está desnudo y expuesto; en su blandura está sujeto a cualquier golpe inesperado; todo lo cercano que él mantiene apartado de sí con artes y mañas puede alcanzarlo con facilidad" (Canetti, 1981)

En palabras de Anthony Giddens (1994) se carece de esa "necesidad psicológica persistente de confiar en los demás" y por lo tanto, al no poder

partir de la presunción de que los otros tienen buenas intenciones, no se puede interactuar de manera tranquila con los extraños con quienes se comparte la escena pública.

En la calle se juzga fácilmente tanto los acontecimientos como los comportamientos ya que se depende únicamente de una comunicación de "imágenes recibidas" (Hannerz, 1981) y rara vez se comprende el trasfondo de los acontecimientos ni sus antecedentes. Estas impresiones individuales están alimentadas por estereotipos de origen social y conforman las representaciones culturales del peligro y de los peligrosos.

En Bogotá el "miedo" surge no sólo como forma adaptativa de manejar un medio impredecible donde no hay certezas sobre las reglas de interacción social y donde no se sabe cuál es el curso que los actos violentos pueden tomar, sino también como un estado de permanente confusión en el que no se puede confiar en nadie.

En un ambiente ilusorio desprovisto de inseguridad y violencia los habitantes percibirían el medio ambiente de manera distinta fijando su atención en otros elementos del medio diferentes a esas fuentes de peligro, dentro de un comportamiento mucho más desprevenido. Esto no quiere decir que lo terrorífico desaparezca. Sería más bien un sistema social donde el miedo y el terror provendrían de otras situaciones y donde las creencias sobre lo peligroso no estarían forzosamente ligadas de manera sustancial a la delincuencia y al homicidio.

El miedo como dominio insuficiente de las cosas

"Las cosas a las que ya está acostumbrado el actor reciben un parpadeo o una sombra de interés que decae en cuanto obtiene un microsegundo de información de que todo está en orden; si resulta que pasa algo, puede cesar la actividad anterior y movilizar toda la atención a lo que

5 "Límites de seguridad": son los límites espaciales y subjetivos que las personas crean para desplazarse por la ciudad. Los usan para armar rutas en las que se sienten más protegidos y para tratar de manejar el peligro por medio de precauciones y medidas de protección.

sigue, un comportamiento adecuado para enfrentarse con las cosas" (Goffman, 1979:240-241).

El individuo va monitoreando su entorno en un proceso de ajuste permanente en el que su atención aumenta y decae, aumenta y vuelve y decae con el fin de habituarse a una infinidad de cosas que pasan y a innumerables cosas raras que ya han sido previamente identificadas como no lo suficientemente alarmantes como para poder continuar con las actividades que se estaban realizando.

En la calle el miedo consistiría en no poder detectar ni adivinar los signos esperados de cada secuencia de acontecimientos que entra en la esfera de su visión. De hecho a medida que pasa el tiempo y a medida que el individuo se desplaza por la calle "burbujas o cápsulas de acontecimientos" (Goffman, 1979) van entrando mientras que otras van saliendo de su esfera de visión.

Los contextos que no son habituales para el individuo (tales como la calle, un barrio poco conocido) producen tensión porque no son discriminados claramente y el individuo se encuentra de pronto con que ya no puede hacer frente a las cosas tan eficazmente. De la tensión se puede pasar al miedo cuando los individuos se encuentran desprovistos de las ilusiones sobre su seguridad personal que lo reconfortan. El sentido de bienestar es alterado y la persona se siente expuesta en un estado de extrema vulnerabilidad.

"El miedo es la percepción de un peligro interno o externo, real, supuesto o anticipado. Es una señal de alarma que predispone a la huida, a la defensa o al ataque" (Jimeno, et.al, 1994:103)

Se habla de miedo subjetivo cuando la amenaza es potencial, es decir, cuando todavía no ha pasado nada malo pero puede estar por suceder. El miedo es la potencialidad de que un daño que se ha oído le ha pasado a otros "me pase a mí". Es estar en espera", a la expectativa de que los daños se reviertan contra mí.

También cuando no se sabe con precisión cuál es la fuente peligro y se entra en un sentimiento generalizado de vulnerabilidad producido por la percepción que se tiene de la inseguridad de los alrededores (Van Der Wurff; Van Saalduinen, Stringer, 1989:156; Keane, 1992:216). De hecho, cuando hay miedo no hay un control racional y perceptivo que posibilite la identificación y la materialización del objeto que causa el daño. El miedo a la incertidumbre es el "uno no sabe si regresa vivo o muerto" y el "uno no sabe a la salida qué le espera".

El miedo no sólo se presenta ante lo incierto sino también ante lo novedoso que todavía no se conoce bien y que resulta inquietante. La novedad provoca miedo de varias maneras. Una es la aparición de nuevas señales de peligro cuyo significado no han sido codificadas a través de la experiencia y que son situaciones en las que "se le enfría a uno hasta el alma". Otra manera es darse cuenta de que signos y señales están siendo utilizados como trucos que "aparentan ser normales" pero que no cuadran completamente con la normalidad.

Por el contrario, cuando la amenaza es real y tiene lugar en el presente mismo de la situación, el miedo se expresa en su totalidad como reacción angustiosa y muchas veces "paralizante".

El individuo trata de encontrarle forma a la amenaza tratando de identificarla buscando desesperadamente indicios de peligro visibles en los lugares o buscando señales contaminantes en las otras personas. Se temen los lugares habitados o frecuentados por personas "de bajas esferas" o personas de las cuales se presume son propensas a tener conductas violentas. Se temen otros lugares porque son lugares donde deambulan personas que por su apariencia disuenan o desagradan. Porque son sitios que a partir de cierta hora se "van poniendo pesados"; "esto se pone cruel", "se llena de gente tenebrosa"; "lo miran a uno de cierta manera y uno empieza a sentirse impregnado de una sensación muy desagradable". Así mismo hay territorios bien demarcados y defendidos por grupos, bandas y pandillas que por medio de sus gestos y miradas indican: "bueno desocupen"; "¡ustedes que están haciendo aquí!".

Los lugares que tienen mucha vegetación, los que están mal alumbrados y los que bloquean la visibilidad, producen la sensación de que se facilita el camuflaje y la posibilidad de que haya personas al acecho con la intención de hacer daño y de sorprender a la víctima.

También se le teme a estar a determinadas horas por fuera ya que el centro es un desfile sucesivo de personas y grupos sociales que ocupan y desocupan las calles a medida que el día transcurre. Se dice que "los cogió cierta hora por la calle y que a esa hora no deberían estar allí".

Del mismo modo se empieza a estar muy pendiente de las "amenazas simbólicas" (Hannerz, 1981) contenidas en apariencias inquietantes sospechosas y furtivas, en los rasgos externos y en las actitudes poco comunes. También se tienen reacciones anticipadas contra todo lo raro y lo poco confiable. Varios entrevistados reconocen a los ladrones de la siguiente manera: "los más peligrosos tienen una cicatriz en la cara o un tatuaje o cualquier cosa"; "Uno los reconoce por la cara", "otros por la mirada"; "Así como la policía tiene uniforme, también el ladrón tiene el suyo: los tenis tractor, ciertos suéteres y el caminado". Otros tenderos saben reconocer quiénes, por su apariencia y comportamiento, son "personas de no confianza a quienes no hay que perder de vista".

Respuestas ante el peligro: ¿adaptaciones socio-culturales?

Para separarse de lo peligroso el hombre crea barreras de todo tipo: las mentales estableciendo rutas y apropiándose de espacios conocidos y seguros; las culturales tratando de ingeniarse hábitos y negociaciones para conseguir cierto grado de invulnerabilidad; las materiales construyendo rejas y sistemas de vigilancia.

Los individuos tratan de adoptar medidas protectoras que van desde cambios en la manera de llevar las cosas hasta el porte de navajas. Se evitan los lugares desconocidos y peligrosos y se recorre lo que es familiar y seguro. Se adoptan posturas y



actitudes que pretenden tener un efecto en los otros (espectadores) de lo que la persona hace "camino muy rápido y muy segura, como sabiendo para donde voy, así no tenga ni idea; yo creo que eso desconcierta mucho a los ladrones"; "uno va a lo que va, si se le acercan a ofrecerle algo uno les dice: qué negocio ni que nada yo no conozco a nadie".

Al salir de los almacenes y de las tiendas para coger el bus van en gallada y nunca solos" ya que andar en grupo equivale a emitir una "señal de vinculación" (Goffman, 1979:207) que relaciona a las personas unas con otras y les brinda mayor protección.

La estrategia más común consiste en "estar pilas", "estar con los cinco sentidos". Es una competencia en términos de niveles de atención para no darle la oportunidad a los ladrones, es decir, "no dar papaya". La importancia de "echar ojo todo el

tiempo" responde a una preocupación constante por mantener un campo de visibilidad amplio ("no me haga sombra porque no puedo ver si me están robando").

Otra estrategia de quienes más tiempo permanecen en la calle es la de "no dejársela montar de nadie". El objetivo de esta actitud que es interpretada con cierto orgullo como signo de viveza y de experiencia, consiste en lograr que los peligrosos "no se metan con uno": "A mí los ladrones no se me arriman" afirma un entrevistado.

El reconocerse mutuamente las caras es también la herramienta necesaria para lograr la inmunidad gracias a un chantaje que funciona en dos vías. El ladrón se asegura de que el tendero no lo vaya a denunciar ante la policía por medio de la amenaza del robo. El tendero, a su vez puede estar seguro de que no será atracado ya que en caso de que ocurriera podría identificar y señalar fácilmente al delincuente. Al alcanzar dicha inmunidad se adquiere también el carácter de "invencibilidad" y cierto respeto: "me han tratado de robar más de una vez pero no han podido". El que no ha sido robado se siente héroe y se burla de los ladrones: "Cuando uno logra escaparse del atracador, se le dice que fue un 'ladrón robado'".

Los que trabajan en la calle también recurren a la protección divina: "uno se protege con la energía divina; si no cómo se explica usted que a unos los atraquen y a otros no"; "Yo todos los días me lleno de energía divina por medio de la oración que se hizo para estar a salvo, para estar bien, entusiastas y contentos". Gran parte de los entrevistados se 'echan' la bendición y le rezan en momentos de peligro a las benditas almas y a los santos de su devoción.

Las medidas que según los entrevistados hay que tomar tienen que ver con la represión y el ejercicio de una autoridad que "limpie" y "acabe con esa plaga porque por las buenas no se puede". Proponen soluciones que apuntan casi siempre hacia el castigo y el escarmiento: a los ladrones y a los gamines "los deberían coger y darles unos buenos 'juetazos' porque los 'juetazos' no rompen huesos

pero sí duelen; "deberían ponerlos a moler porque bien cansados y con trabajo no pensarían ni siquiera en hacerle el mal a los demás".

Ante la impunidad y la total ineficacia de la policía se recurre a grupos de vigilancia privada que en la zona de estudio se llaman 'comas' y que son pagados por los dueños de almacenes y por los vendedores de las casetas de dulces.

Las estrategias que se desarrollan para manejar el peligro se traducen por un lado, en una disminución de los contactos sociales y en la creación de negociaciones, acuerdos, complicidades, silencios, reconocimiento de caras y conservación del anonimato. Pero por otro lado, se caracterizan por tener de trasfondo una ideología intolerante y vigilante en la que se busca poner orden a un mundo de la calle del que sólo se conocen los signos visibles y externos del "desorden" y de lo "contaminante".

"Permanentes" y "no permanentes" en la calle 22

El aprendizaje de los conjuntos perceptivos referidos a la seguridad personal dependen del grado de exposición y contacto con las señales recurrentes peligrosas (Cf. Bateson, 1972), de la familiaridad que se tenga con el contexto de interacción habitual y de los medios materiales que permiten interponer barreras entre el individuo y el peligro.

El grupo de peatones que se ha denominado grupo de los "no permanentes"⁶ tienen un comportamiento de usuarios en el que no entablan relaciones con extraños cuya meta final es tener un encuentro con alguien conocido en alguna cafetería o restaurante del sector. El grupo de "permanentes temporales"⁷, por su parte, tienen un comportamiento de espectadores desde el sitio que se han apropiado y desde donde realizan su trabajo. Chequean lo que sucede en la calle, reconocen a los usuarios regulares del sitio con alguna señal de saludo y mantienen "rituales de reconocimiento" con los amigos y vecinos. Ocupan el lugar con cierto orden de llegada y tienen una rutina establecida en

horarios y rutas que los llevan a los paraderos de buses.

La interpretación de los actos violentos que suceden también es diferente para los dos grupos estudiados. El grupo de "permanentes" al tener más familiaridad con cierto tipo de actos violentos que son la regla en la calle (riña, atracos y tiros) se refieren a ellos en tono cínico y en voz baja para mostrar que son actos que en cierta medida los comprometen pero también para expresar que son comportamientos que los tienen cansados. Asumen la inseguridad a través de máximas o leyes de comportamiento tales como "estar pilas"; "yo no me paso por ahí ni para apagar un incendio", "nadie entra bolso a ese sitio" "ahí no entra un blanco ni para un remedio"; "Por eso es que en Bogotá no hay que ser mala gente pero hay que ser desconfiado, no hay que ser lambón". El discurso que presentan refleja una actitud negativa e intolerante hacia cualquier intento de validez por parte de quienes quieren mostrar buenas intenciones.

Los "no permanentes" no conocen detalladamente cuáles son los actos más frecuentes y cómo suelen ocurrir. Sus gestos de prevención y miedo indican que son más impresionables ante la presencia de las "amenazas simbólicas" tipificadas socialmente como pueden ser las que se presentan cuando los gamines o los llamados "desechables" caminan a su lado y les piden dinero. Sus reacciones son de huida y evitación ante cualquier señal inquietante.

En el estudio de caso se ve cómo el grupo de "permanentes temporales" desarrollan un conjunto de percepción del peligro más afinado y preciso al conocer en detalle todo lo que pasa o deja de pasar en la calle, manifestando y expresando menos temor o miedo subjetivo. Dado que dependen del negocio para sobrevivir "les toca" aprender a reconocer las caras de los delincuentes y organizar estrategias colectivas de protección (timbres en cada

local, contratación de vigilancia privada) que les posibiliten seguir trabajando.

Mientras que los peatones o "no permanentes" que van de paso, tienen unas estrategias aproximativas más apresuradas, al no contar con la suficiente información del entorno y al no tener redes sociales de apoyo y reconocimiento. Esto los lleva a estar en permanente estado de angustia y miedo subjetivo.

Sin embargo, por más medidas y acuerdos a los que se lleguen con las personas peligrosas, los dos grupos manifiestan y expresan desconfianza y escepticismo para relacionarse con los demás.

Así mismo para los dos grupos identificar el peligro encarnado en las otras personas es una preocupación más urgente que la identificación o la vivencia de otras experiencias igualmente importantes como el disfrutar caminando o pasear por las calles con el ánimo de esparcimiento. Por lo tanto, se desarrolla una cultura negativa de límites de seguridad, restringida a ciertos sitios, a ciertas horas y a ciertos contactos sociales selectivos.



CONCLUSIONES

Las diferentes formas de movilidad y desplazamiento de la vida moderna de una ciudad como Bogotá, hacen que el individuo esté moviéndose continuamente de un lugar a otro. Se puede afirmar, desde ya, que el habitante de la ciudad tiene una curiosa y fragmentada percepción del espacio en el que habita, al acumular durante el día numerosas y disímiles escenas protagonizadas por desconocidos. En las grandes ciudades del mundo ya no se tiene el "sentido de lugar" porque ya no existe el sentido de lo local "saturado de significados familiares" sino el sentido de lo global conformado por

6 Se denominará el grupo de "no permanentes" a las personas que transitan por la calle 22 en calidad de peatones, que están de paso y que por consiguiente no han establecido vínculos de amistad y reconocimiento fuertes con el grupo de "permanentes".

7 El grupo denominado "permanentes", corresponde a la población que trabaja en alguna zona de la calle o que permanece largo tiempo 'afuera' y que primordialmente está conformada por los vendedores de las casetas de la calle 22.

influencias y relaciones lejanas⁸. Existen, más bien, impresiones e imágenes de muchos lugares al mismo tiempo.

Esta experiencia interrumpida entre el afuera del mundo de la calle y el adentro del mundo de la casa y la dicotomía entre ambientes de confianza y ambientes riesgosos encierran mucha de la incertidumbre y del desarraigo de la cambiante vida en ciudad.

En el caso de Bogotá, la incertidumbre se acompaña de agresión al coexistir en ella varios órdenes culturales en contradicción. Al tiempo que se asume implícitamente el uso de un mínimo orden público en la calle (conformado por reglas de tacto y cortesía) para poder convivir entre extraños, se opta por la infracción, los recursos inmediatistas y el recurso de la agresividad al no poder conciliar dicho orden con los problemas y tensiones que genera la vida cotidiana de la ciudad.

El *aprovechamiento del desorden* como "liberación temporal de una normatividad social"⁹ que carece de certezas compartidas y como forma legítima de resolver problemas personales puede ser un mecanismo para sobreponerse a las pequeñas pero mortificantes y cotidianas tensiones de este sistema contradictorio. Pero puede ser igualmente la prueba de que el orden público es fácilmente burlado, transgredido y convertido en la oportunidad para el desbordamiento de la delincuencia y la criminalidad.

En efecto en esta ciudad la inseguridad y el miedo que acompaña las interacciones en público de cualquier ciudad moderna, se acrecenta por esa debilidad de control de las entidades encargadas del orden público. No ha habido lugar para el mínimo requisito de convivencia ciudadana que es la de una confianza básica en los demás ciudadanos y en algunas instituciones. Jamás en Bogotá se ha podido partir de la presunción de que en la autoridad se puedan delegar las funciones de seguridad

pública (así lo demuestra el discurso de la calle sobre la violencia callejera). Nunca se ha podido partir de la presunción de que los que pasan a mí lado en la calle carezcan de intenciones hostiles y peligrosas. Por el contrario, en Bogotá se parte del principio de que todo extraño es potencialmente peligroso o violento y la población parece estar no sólo atemorizada sino preocupada al tener la ambigua certeza de que tarde o temprano va a ser una víctima más de la inseguridad. Se llega incluso al extremo de cuestionar si vale la pena cumplir las normas y acuerdos primarios del respeto y de las relaciones sociales y se organizan milicias que exterminan a los delincuentes de las zonas afectadas.

Estar afuera en una calle peligrosa del centro de Bogotá, equivale a enfrentarse a la potencialidad de que se sufran ataques e intrusiones a la esfera personal por parte de sujetos que con una frecuencia asombrosa hacen uso de todos los componentes del miedo (ataque por sorpresa, contacto físico, amenazas con arma), para robar y asustar a los peatones. Los atracos, a diferencia de los otros campos de violencia (muertes, atentados) llegan a ser tan frecuentes que son percibidos como «inevitables» por los grupos sociales más expuestos.

Así mismo, se comparten códigos de prevención y vigilancia, en los que la detección del peligro es una preocupación más urgente que la identificación de otros estímulos del ambiente asociados a la tranquilidad, por ejemplo. La detección de apariencias inquietantes, de comportamientos extraños, de miradas sospechosas forman parte de las prioridades de una cultura vigilante e insegura.

Este aprendizaje de conjuntos subjetivos de percepción van formando una tipificación social del mundo de la calle sometida no sólo a las imperfecciones de todo sistema perceptivo humano sino a los juicios apresurados y a las reacciones anticipadas propios de un comportamiento inseguro.

8 Véase la diferenciación que hace Anthony Giddens entre las sociedades pre-modernas que cuentan con una noción de lugar y las sociedades modernas que cuentan con la noción de sistemas abstractos en: *Consecuencias de la Modernidad*, Sección III, Alianza Editorial: 80-108.

9 Linger Daniel Touro, *Dangerous Encounters: meanings of violence in a Brazilian city*, Stanford University Press, 1992.

De ahí que el miedo no esté necesariamente ligado a la aparición de una amenaza real y que se nutra de todas esas situaciones potenciales, de todas esas incertidumbres cognitivas generadas por un orden oficial arbitrario y no planificado, de todas esas eventualidades en las interacciones con extraños y en fin, de todos 'esos posibles' inherentes a la vida de esta ciudad.

Los intentos por afrontar un entorno indeterminado y por poner límites a esta situación de ambigüedad cultural y ausencia de significado, lleva a los habitantes de esta ciudad a crear nuevas convenciones, nuevas pautas de conducta y nuevos modos de pensar.

Al tratar de recobrar la tranquilidad interponiendo límites protectores entre el peligro y las personas, se va estimulando un estilo de vida restringido a ciertos lugares y a ciertas horas específicas. Dichas restricciones e imperativos devuelven al habitante de una ciudad insegura al único ámbito predecible que le queda en su acontecer diario: su rutina.

Esta tendencia a no salirse de la ruta demarcada por lo conocido puede variar dependiendo del grado de exposición al peligro y de los medios disponibles para enfrentar la inseguridad. Dadas las condiciones de vida dispares de esta ciudad, no siempre es posible refugiarse y evadir el peligro. Sucede que hay contextos y actividades en los cuales se tiene que enfrentar el peligro. En este caso y como en todo aprendizaje, el sistema perceptivo adquirirá una destreza mayor si el contacto con las señales recurrentes peligrosas se realiza con una mayor frecuencia. Si por el contrario, el contacto con dichas señales es pasajero y esporádico la destreza adquirida será menor.

Por eso, la aproximación realizada en la calle 22 de Bogotá, muestra que el comportamiento de usuario del peatón con una ocupación del sitio pasajera e improvisada genera un miedo mayor (angustia y estrés) y una mayor tendencia a asumir conductas cautelosas y de huida. Mientras que una ocupación de la calle rutinaria y permanente genera menos miedo (tensión) al contar con un conoci-

miento detallado sobre lo que pasa o deja de pasar en dicha calle y al estimular el desarrollo de estrategias de manejo del peligro. Sin embargo, el permanente contacto con la violencia y el peligro genera posiciones ideológicas de intolerancia social y una actitud escéptica y desconfiada que los lleva a adoptar formas colectivas privadas de vigilancia.



BIBLIOGRAFÍA

- APRILE GNISSET, Jacques.- *El Impacto del nueve de abril sobre el Centro de Bogotá*; centro Cultural Jorge Eliécer Gaitán; Bogotá, 1983.
- ARENDT, Hannah.- *La condición humana*.- Ed. Seix Barral; Barcelona, 1974.
- ARCHER, Dane and Lynn Erlich-Erfer.- "Fear and loading: Archival Traces of the Response to Extraordinary Violence". *Social Psychology Quarterly*, 1991, Vol.54, No 4 :343-352.
- AUGÉ, Marc.- *Los "no lugares", espacios del anonimato*.- Gedisa Editorial; Barcelona, 1993.
- BECERRA, Oscar.- "Individualismo, Miedo y Ciudad", Ponencia presentada en el 7º Congreso de Antropología en Colombia, Universidad de Antioquia, Medellín, junio 15-18 de 1994.
- BALANDIER, Georges.- *Le désordre*.- Librairie Arthème Fayard; Paris, 1989.
- BANDURA, A.- "Psychological Mechanisms of Aggression", *Human Ethology*, 1979.
- BATESON, Gregory.- *Steps to an Ecology of Mind*.- Jason Aronson Inc.; London, 1972.
- BAUDRILLARD, Jean.- *L'Echange Symbolique et la Mort*.- Editions Gallimard (nrf); Paris, 1984.
- BODY, Sophie.- "The New Shapes of Urban Violence in the United States", *Culture et Conflicts*, 6, summer 1992 :25-47.
- BRAUN, Herbert.- *Mataron a Gaitán, vida pública y violencia urbana en Colombia*.- Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1987.
- CAMACHO, Alvaro y Alvaro Guzmán.- *Colombia: Ciudad y Violencia*.- Ed. Foro Nacional por Colombia; Bogotá, 1990.
- "La Violencia en Colombia", *Revista Foro* No 6, junio de 1988.
- "El ayer y el hoy de la violencia en Colombia: Continuidades y Discontinuidades", *Análisis Político* No 12, enero-abril de 1991.
- CANETTI, Elías.- *Masa y Poder*.- Ed. Muchnik; Barcelona, 1981.
- COCCARO, Emil.- "The Biology of Aggression", *Scientific American*, January/February 1995.
- COHEN, Lawrence and Marcus Felson.- "Social Change and Crime Rate Trends: A Routine Activity Approach", *American Sociological Review* 44, 1979 :588-608.
- COMISIÓN DE ESTUDIOS SOBRE LA VIOLENCIA.- *Colombia: Violencia y Democracia*.- Universidad Nacional de Colombia; Colciencias, 1989.
- CROMWELL, Paul; James Olson y D'Aunn Avary.- "How Residential Burglars Choose Targets: An Ethnographic Analysis", *Security Journal*, 2,4, October 1991 :195-199.
- DAMATTA, Roberto.- *Conta de Mentiroso, Sete Ensaios de Antropologia Brasileira*.- Rocco; Rio de Janeiro, 1993.
- DOUGLAS, Mary.- *Risk Acceptability According to the Social Sciences*.- Routledge & Kegan Paul Ltd; London, 1986.
- Purity and Danger*.- Routledge & Kegan Paul Ltd; London, 1985.
- El Tiempo.- "Un atracador se confiesa", 19 de octubre de 1993 :1F.
- ERON, Leonard.- "Theories of aggression".- en: *Aggressive Behaviour: Current Perspectives*; L.Rowell Huesmann, Plenum press, New York, 1994.
- ESPINEL, Manuel.- "A reeducar a Bogotá", *Lecturas Dominicales de El Tiempo*, julio 16 de 1995.
- FERGUSON, Brian.- *Guerra, Cultura y Ambiente*.- Academic Press Inc., London, 1984.
- FIGGIE, Harry.- *The Figgie Report on Fear of Crime: America Afraid, How fear of crime changes the way we live*.- Research and Forecasts, New York, 1983.
- FISHER, Bonnie y Jack Nasar.- "Design for Vulnerability: Cues and Reactions to Fear of Crime", *SSR*, Vol.76, No 2, January, 1992.
- FUNDACIÓN MISIÓN COLOMBIA.- *Historia de Bogotá*.- Villegas Editores; Bogotá, 1988.
- GEERTZ, Clifford.- *La Interpretación de las Culturas*.- Gedisa; Barcelona, 1990.
- GIDDENS, Anthony.- *Las Consecuencias de la Modernidad*.- Alianza Editorial; Madrid, 1994.
- GOFFMAN, Erving.- *Relaciones en Público, Microestudios de Orden Público*.- Alianza Universidad. Madrid, 1979.
- HANNERZ, Ulf.- "The management of danger", *Etnos*, 1981:1-2. University of Stockholm, Sweden.
- EXPLORACIÓN DE LA CIUDAD.- Ed. Fondo de Cultura Económica; México, 1986.
- HARTNAGEL, Timothy and Won Lee.- "Urban Crime in Canada", *Revue Canadienne de Criminologie*, Octubre 1990 :591-606.
- HASSINGER, James.- "Fear of Crime in Public Environments", *Journal of Architectural and Planning Research*, 2; 4, December 1985 :289-300.
- HEELAS, Paul.- "Anthropological Perspectives on Violence: Universals and Particulars", *Zygon*, Vol.8, No 4, dic 1983.

NÓMADAS

- HELBING, Dirk.- "A Mathematical Model For the Behaviour of Pedestrians", *Behavioural Science*, Vol 36, 1991 :298-310.
- HINDELAND, Michael, Michael Goofredson and James Garofalo.- *Victims of Personal Crime: An Empirical Foundation for a Theory of Personal Victimization*.- Ballinger, 1978.
- HOPE TIMOTHY Y JANET FOSTER.- "Conflicting Forces: Changing the Dynamics of Crime and Community on a 'Problem' State", *British Journal of Criminology*, 32,4, autumn 1992 :505-520.
- IMBERT, Gérard.- *Los escenarios de la Violencia*.- Icaria Editorial; Barcelona, 1992.
- JACOBS, Jane.- *The Death and Life of Great American Cities*.- Pelican Books; London, 1961 :13-65.
- JARRELL, Stephen y Roy Howsen.- "Transient Crowding and Crime: the Most Strangers" in an Area, The More Crime Except for Murder, Assault and Rape", *American Journal of Economics and Sociology*, 49, 4, 1990 :483-493.
- JEUDY, Henri-Pierre.- *La Panique*.- Editions galilée; Paris, 1981."Norme et transgression deus l'Espace Public", *Espaces et Sociétés* No. 62-63, 1991
- JIMENO, Myriam; José Manuel Calvo, Sonia Chaparro, Luis Eduardo Jaramillo, David Ospina e Ismael Roldán.-*Estudio exploratorio sobre comportamientos asociados a la violencia*. Inédito. Diciembre de 1994.
- JIMENO, Myriam.- "La autoridad confusa y la violencia de cada día", *Esístrategia*, febrero de 1995.
- JONES, Trevor and Jock Young.- "Crime Police and People", *New Society*, 75, 1204, January 1986 :135-136 .
- KEANE, Carl.- "Fear of crime in Canada: an Examination of Concrete and Formless Fear of Victimization", *Canadian Journal of Criminology*, April 1992:215-224.
- KREML, William.- "The Vigilante Personality", *Vigilante Politics*. H.Jon Rosenbaum and Peter Sederberg , eds Philadelphia; University of Pennsylvania, 1976.
- KUBE, Edwin.- "Urban Planing, Architecture and Crime Prevention", *Police Studies*, 4, 1, spring 1981-84 :9-15.
- LINGER, Daniel Touro.- *Dangerous Encounters; Meanings of Violence in a Brazilian City*.- Standford University Press; Standford, 1992.
- LISKA, Allen and Barbara Warner.- "Functions of Crime: A Paradoxical Process", *American Journal of Sociology*, Vol.96, No 6, May 1991 :1441-63.
- LÓPEZ, José Fernando, et.al.- *Vivir en Bogotá*.- Foro Nacional por Colombia, Bogotá, 1990.
- MAGUIRE, Mike.- "The Impact of Burglary Upon Victims", *British Journal of Criminology*, 20, 3, July :261-275.
- MARCUSE, Herbert.- *La agresividad en la Sociedad Industrial avanzada* (y otros ensayos).- Alianza Ed; Madrid, 1971.
- MARTÍN-BARBERO, Jesús.- "Comunicación y Ciudad: entre Medios y Miedos", *Magazín Dominical de El Espectador*, No 388, septiembre 30 de 1990.
- MCCLINTOCK, F y Per Olof Wikstrom.- "The Comparative Study of Urban Violence in Edimburg and Stockholm", *British Journal of Criminology*, 32, 4, autumn 1992 :505-520.
- MCDANIELS Timothy y Gregory Robin.- "A Framework for structuring Cross Cultrual Research in Risk and Decision Making", *Journal of Cross Cultural Psychology*, 22, 1, May 1991 :103-128.
- MERRY, Sally.- "Manipulating Anonimity: Streetwalkers's Strategies for Savety in the City", *Ethnos*, 1980, 45, 3-4:157-175.
- MIETHE, Terance; Michael Hughes y David McDowall.- "Social Change and Crime Rates: An Evaluation of Alternative Theoretical Approaches", *Social Forces*, 71, 3, March 1993 :741-759.
- MIETHE Terance y Robert Meier.- "Opportunity Choice and Criminal Victimization: A Test of a Theoretical Model", *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 27,3, August 1990 :243-266.
- NAVIA, José.- "A que te cojo ladrón", *El Tiempo*, 2 de abril de 1995.
- NOZICK, Robert.- *Anarquía, Estado y Utopía*.- Fondo de Cultura Económica; México, 1988.
- ORTIZ, Carlos Miguel.- "Los estudios de violencia en las tres últimas décadas", *Boletín Socio Económico*, CIOSE, 24/ 25, agosto-septiembre de 1992, Universidad del Valle, Cali.
- PATTERSON, Britt.- "Poverty, Income Inequality and Community Crime Rates", *Criminology*, 29, 4, November:755-776.
- PÉCAUT, Daniel.- "Interpretaciones de la violencia colombiana", *Lecturas Dominicales*, octubre 9 de 1994.
- RÉMY Jean y Liliane Voyé.- *Ville, Ordre et Violence*.- Presses Universitaires de France; Paris, 1981.
- REISS, Albert y Jeffrey Roth.- "Perspectives on Violence", *Understanding and Preventing Violence*, National Research Council, National Academy Press, Washington, 1993.
- RICCIO, R.- "Street Crime Strategies: the Changing Shemata of Streetwalkers", *Environment and Behaviour*, 24, 4, July 1992.
- ROJAS, Jaime.- "Terror y violencia en la cotidianidad moderna".- Tesis en Ciencias de la Comunicación, Universidad del Valle, 1993.

- RUIZ, Javier Omar.- "La Calle, El otro modo de ser ciudad".- *Revista Consenso* No 2, Plan Nacional de Rehabilitación, julio de 1994.
- SALAZAR, Alonso.- *Las Subculturas del Narcotráfico*.-CINEP; Bogotá, 1992. "La criminalidad urbana: actores visibles e invisibles", *Revista Foro* No 22, noviembre de 1993.
- "Identidades culturales en las nuevas generaciones urbanas". Seminario *Comunicación y Ciudad*. Universidad Javeriana, octubre 27-29 de 1993.
- SAMPER, Andrés.- *Cuando Bogotá tuvo tranvía y otras crónicas*.- Villegas Editores; Bogotá, 1990.
- SANTANA, Pedro, et.al.- *Bogotá, retos y realidades*.- Foro Nacional por Colombia- IFEA, Bogotá, 1988.
- SEGOVIA, Guillermo.- *La violencia en Santafé de Bogotá*.- Ecoe Ediciones; Bogotá, 1994.
- "Criminalidad y violencia en Santafé de Bogotá", *Revista Consenso* No 2, Plan Nacional de Rehabilitación, Consejería para los Derechos Humanos, Consejería para el Desarrollo de la Constitución, julio de 1994.
- SEVILLA, Elías.- "Violencia redefinida", *Revista Latinoamericana de Comunicación Chasqui*, No 37, 1991, Quito.
- SHOTLAND, Lance; Scott Hayward y Carlotta Young.- "Fear of Crime in Residential Communities", *Criminology*, 17, 1, May 1979:34-45.
- SILVA, Armando.- Ponencia en el Seminario de Comunicación y Ciudad. Universidad Javeriana, octubre 27-29 de 1993.
- Imaginario Urbano*.- Editorial Tercer Mundo; Bogotá, 1992.
- SKOGAN, W.G y M.G. MAXFIELD.- *Coping with Crime: Individual and Neighborhood Reactions*.- Sage Publications. Newbury Park, CA, 1981.
- SLOVIC, Paul.- "Perception of Risk", *Science*, 236, 4799, April 1987 :280-285.
- STEWART, C. y D. Hemsley.- "Risk Perception and Likelihood of Action in Criminal Offenders", *British Journal of Criminology*, 19, 2, April 1979 :105-119.
- TAUSSIG, Michael.- *The Nervous System*.- Routledge; New York, 1992.
- TAYLOR, Ralph y Jeanette Covington.- "Community structure and Fear of Crime". *Social Problems*, Vol.40, August 1993 :374- 39.
- TAYLOR, Ralph y Sally Schumaker.- "Local Crime as a Natural Hazard: Implications for Understanding the Relationship Between Disorder and Fear of Crime". *American Journal of Community Psychology*, Vol.18, No 5, 1990.
- TORRES, Alfonso.- *La Ciudad en la Sombra*.- , Bogotá, 1993.
- TREMBLAY, Pierre; Gilbert Cordeau y Janusz Kaczorowski.- "La Peur du Crime et ses Paradoxes: Cartes Mentales, Ecologie Criminelle et Sentiment d'Insécurité". *Revue Canadienne de Criminologie*, janvier 1993.
- URIBE, Maria Victoria.- "Violencia difusa en Bogotá". Seminario *Procesos Urbanos Contemporáneos*. Fundación Alejandro Angel Escobar, septiembre 15-16 de 1993.
- "Marginalidad y violencia en Bogotá". Proyecto de investigación. Inédito, 1994.
- "Las calles de Medellín, espacios de socialización y muerte". Ponencia presentada en el 7º Congreso de Antropología en Colombia; Universidad de Antioquia; Medellín, junio 15 -18 de 1994.
- VAN DER WURFF, Adri; Leendert Van Staaldin y Peter Stringer.-
- "Fear of Crime in Residential Environments: Testing a Social Psychological Model", *The Journal of Social Psychology*, 129(2) :141-160.
- WARR, Mark.- "Dangerous Situations: Social Context and Fear of Victimization". *Social Forces*, March 1990, 68(3) :891-907.